

POLO DE MEDINA, SALVADOR JACINTO (¿1607 – 1657?)

ROMANCES

1

A un sabañón en unas manos muy flacas

2

A unas narices y una boca muy grande

3

Al salir la luna con dos nublados a manera de cintas travesados

4

A una dama que, leyendo un papel a la luz de una vela, se quemó el moño

5

A una manzana, que dio una dama a un galán

6

Escrito en la Academia a un hombre muy viejo, que galanteaba una niña

7

Escrito en la Academia a un hombre loco, que sentía que le volviesen el juicio en este tiempo.

8

A un estevado.

9

Con suspiros de cristal

10

A una vieja fea y muy melindrosa

11

A Apolo

12

A un licenciado muy flaco y delicado

13

A un mozo de pocos años

14

Pidiendo a un licenciado enseñase un romance que había hecho

15

A una dama muy pequeña sobre unos chapines muy grandes

16

A un avariento

17

En la Ciudad Coronada,

18

Cuando a aquel amante, a quien

19

Grispios le desprecia al día

20

De las espaldas de un monte

21

A un enano

22

A las calles de Murcia

23

A una vieja, y fea que quebró el espejo, porque la hacía mala cara

24

Al pie grande de una mujer, compuesto por don Antonio de Solís Rivadeneyra, amigo del autor, ingenio tan lucido, que se adelantó a sus años, pues en los veinte de su edad ha dado tantas noticias de discreto; pero su recato, sobradamente cuerdo, nos niega sus bien escritos papeles

25

A Diógenes metido en la tinaja

26

A una dama muy enemiga de gatos

27

A Vulcano, Venus y Marte

28

A la aurora

29

A las flores

ROMANCES

1

A un sabañón en unas manos muy flacas

Con caravanes de ayuno,
haciendo está penitencia
un sabañón ermitaño
en unas manos cuaresma.

Al mundo quiere negarse,
pues que la carne lo niega,
porque siempre su apetito
ha estado en Carnestolendas.

En los desiertos de carne
ni pica, come ni cena,
que los dedos de su ayuno
son las témporas eternas.

Púlpito de hueso ocupa,
donde con dura abstinencia
a los demás sabañones
está predicando dieta.

Ayunando a hueso y hambre,
sólo en tanto adviento apela
a un nervio por golosina,
por gollería a una cuerda.

Su arador, que es un arado
que en otras manos pudiera
cultivar campo de carne,
huesos labra y nervios peina.

Busca pasto y sólo halla
cuando más furga y penetra,
en vainas de pergamino,
envainadas cinco alesnas.

Entre cuero y hueso vive,
donde siempre se sustenta
de curtir papel de estraza
y de acepillar madera.

Los que sabañón lo ignoran,
dicen que es montés viruela,
con un arador por alma
de unas manos esqueletas.

Sabañón murmurador
parece sin lengua en ellas,
pues royéndoles los huesos
murmura de su flaqueza.

De puro holgazán su diente
con ociosidad perpetua,
sin tener que hacer la boca,
se está muela sobre muela.

Virgen sabañón se halla,
que aunque la carne lo tienta,
siempre llega a coyuntura
tan sin carne, que no peca.

Quien tan hambriento lo mira
le pregunta si es poeta,
pues morder huesos o uñas
todo es una cosa mesma.

Viéndose propincuo al fin,
prestándole aliento y lengua
su misma necesidad,
dijo la razón postrera:

«Sabañones que epicúreos
fuisteis en manos flamencas,
cardenales de cucaña
y países de manteca;

«notad bien el hambre mía,
descarnada historia sea
y escarmiento a sabañones;
tomad ejemplo en mis penas,

«pues sin cometer delito
ni haber hecho a nadie ofensa,
me tienen puesto en un palo
de unas manos la inclemencia.»

2

A unas narices y una boca muy grande

A sombra de una nariz
sesteando está una boca,
que, por ser la sombra grande,
se extiende en ella espaciosa.

Bajo nariz tan discreta,
su amparo la boca toma,
que quien se arrima a buen árbol
le cobija buena sombra.

Por parecer liberal
renuncia fueros de hermosa,
que quiere ganar por larga
lo que otras ganan por cortas.

Admirada la cabeza
de ver boca tan señora,
toda en nariz se convierte
y a sus ventanas se asoma.

Según se ensancha y extiende,
rüin sin duda es la moza,
pues que de entrambas orejas
los largos términos toca.

A la boca, por ser grande,
para cubrirse con pompa
delante el rey, la nariz
le está sirviendo de gorra.

Mas ella, como indignada
por lo que tiene de roma,
parece que la maldice
con censuras por la rota.

Son ambas tan principales,
que puede la boca sola
ser boca de Boquingán,
y la nariz de Mahoma.

Ambas, por lo singular,
han crecido en tanta copia;
la boca con arrogancia,
la nariz con vanagloria.

Si es la boca por lo grave
marquesa de Barcarrota,
la nariz, archinariz
de narices amazonas.

Letra en rasgos diptongada
es la boca en jerigonza,
la nariz muestra de rienda,
por lo grande y por lo gorda.

La boca es puente del Nilo,
por donde, en creciendo, emboca,
y por ver tanta nariz
de chato Ovidio blasona.

La boca mayor et maius
está para con alforja,
y la nariz borromea
es de la cara corcova.

En fin, la boca es un texto
que tiene nariz por glosa,
siendo la boca la base
y ella el Coloso de Rodas.

3

Al salir la luna con dos nublados a manera de cintas travesados

Con polvareda de luz,

por la cima de una sierra,
pierna acá, pierna acullá,
sobre un monte caballera,

muy fornida de carrillos,
muy cariharta y muy llena
salió anoche Bellecintia
a ser de un collado cresta.

Con barahúnda de rayos,
que don Apolo le presta,
viene rayando los montes,
como dicen los poetas.

Alborotada de rostro,
sin haber dormido, ojeras;
mas que mucho, si ha pasado
con Endimión la siesta.

Lo rojo de sus mejillas,
cansancio de alguna brega,
hipócrita de sus gustos,
quiere vender por vergüenza.

Con dos cintas nogueradas
de dos nublados de seda,
por llevar color al uso
se cruzó su cara buena.

Cuando Liseno la vio,
dijo que melindres eran:
no lo creo de Diana,
que no es Diana tan necia.

Periandro, el advertido,
ha dicho que, por traviesa
y celos del sol, su amante
le ha trinchado la frontera.

Anfriso, el que fue escolar,
el discreto de la aldea,
ha dicho que son arrugas,
que está la luna muy vieja.

Pero Silvio afirma al punto
que es la luna de Valencia

con las barras de su escudo
en su blanca frente puestas.

Chanflón, que por lo navarro
ya no pasa, y por su mengua
la premática del tiempo
quiere bajar su moneda,

también ha dicho que son
para quitar diferencias,
mal formados dos lunares
o mal talladas dos pecas.

A este parecer añade
que tienen por cosa cierta
que son sombra de dos rayos,
si rayos pueden tenerla.

Y en esto doña Lucina
echó por esas estrellas
escupiduras de sol,
o de sus caballos huellas.

4

A una dama que, leyendo un papel a la luz de una vela, se quemó el moño

Un moño, sol que en la frente
de un ángel resplandeció,
si bien con rayos prestados
de otra frente y de otro sol,

por descuido de su dueña
o desgracia de los dos,
de su vana idolatría
fue una vela inquisidor.

Leyendo una noche Elisa
un papel, prendió su amor
en el moño, y mariposa
de su luz, se chamuscó.

Viéndose abrasado el triste,
con vergüenza y sin honor
formando lengua del humo,
al viento esparció la voz.

«¡Oh moño, el más infelice
que entre los moños nació!
Hoy soy cuervo, ayer fui pavo,
ayer gallo y hoy capón.

»Vime ayer como un flamenco
brillando rubio esplendor,
y hoy una vela Faetonte
etíope me volvió.

»¡Oh, tú, moño, que me miras,
humille la presunción,
que cual tú me ves me vi,
y te verás como yo!

»Sin tener onza de estudio
ni haber escrito un renglón,
puede llamarme el Tostado
quien me viere y quien me vio.

»Miércoles es de Ceniza
para mí, aunque martes hoy;
memento moños, memento,

que fui moño y polvo soy.

»Siempre pequé cara a cara,
sin que pudiese a traición;
¿cómo el cielo me castiga
con tan nefando rigor?

»Si este delito me imputan,
mártir muero, no traidor;
suplir faltas, eso sí;
pero cometerlas, no.

»¡Válgame Dios! ¿Si por dicha
Elisa se descuidó,
como cual cómplice suyo
pago la misma traición?

»Si es porque aumenté su gala,
que en ornatos encendió,
no es mucho que en mí ejecuten
la pena del Talión.

»Si fue dar pelo a una calva,
falso testimonio, atroz,
bastantemente disculpa
el delito mi intención.

»Sin duda está en el infierno
quien primero me engendró,
y como excremento suyo,
en su mismo incendio estoy.

»Y si es por moneda falsa,
las leyes tienen razón,
que siendo un cuarto de alambre,
pasé plaza de doblón.

»Fénix de los moños fuera,
si ahora ceniza y carbón,
si a ser lo que fui volviera
sin ser lo que ahora soy.

»Pero todo lo merezco,
pues falso y engañador,
di perro muerto de pelo,
vendí raso por borlón.

»Fue el verdugo de una vela
riguroso ejecutor,
como si a su simple llama
la esforzara algún soplón.

»¿Si algún enemigo mío
Judas, moño me vendió,
por quitarme por envidia
de protomoño el bastón;

»si fue moño el que lo hizo,
sin duda en rabia y color
fue malicioso bermejo,
que los rubios simples son.

»¡Ay, cuán presto, calva Elisa,
tu moño se malogró,
que fue de tanto inocente
süave herodizador!

»¿Quién será mi sustituto
y en tu cabeza el gamboj,
y en tu pelada mollera
toldo, tumba y pabellón?

»¡Qué de apóstatas galanes,
gentiles hombres de amor,
me adoraron por estrella
y veneraron por flor!

»Sólo queda, aquí fue moño,
aquí ha estado, aquí murió
el moño por quien tenían
los demás moños valor.

»Aquí yace peladilla
el moño por quien gastó
tanta gorrada el cortés,
tanta ojeada el mirón,

»tantos versos el poeta,
tanto rumbo el fanfarrón,
tanto tonto, tanta baba,
tanto necio, tanto humor.

»Ya estás desocasionada;
porque, después que faltó
en tu frente mi copete,
no es bueno para ocasión.

»Con justa razón me queman,
pues le quité al pecador
un espejo de la muerte,
un acto de contrición.

»¡Ay Elisa desmoñada!,
¿qué habemos de hacer los dos,
vos sin moño, yo sin barbas,
vos pelada y yo pelón?

»¡Malhaya el follón billete,
villano diré mejor,
que de tu mengua y la mía
fue instrumento y dio ocasión!

»¡Plega a Dios, billete infame,

que permita el mismo Dios
que a una vieja de cien años
sirvas de devanador,

»que vengas descuartizado
a ser de un gran regatón,
estafeta al solimán,
alcahuete al alcanfor,

»o que de biznaga sirvas
a algún sastre o fundidor,
o en ti escriban versos cultos,
que es la peor maldición!

»Moños, los que sois honrados,
sentid también mi dolor,
enterneced con mi llanto
vuestra cerril condición.

»Y aprended, moños, de mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer flor de moños fui,
¡y hoy sombra mía aún no soy!»

5

A una manzana, que dio una dama a un galán

Si no fuera tan sabida
la historia de la manzana,
esta vez, hermosa Firmia,
la pusiera en mis estancias.

Dijera, mas no dijera,
(que es civilidad tamaña)
que era aquella que dio Hipones
a la señora Atalanta.

Vaya lo del Paraíso,
mas no quiero hablar palabra,
que respeto a doña Eva,
y le tiemblo a la tarasca.

Si fuera poeta culto,
lengua hablando aconflonflada,

dijera que por hermosa
es golosina del alba.

Y si no es poma que ofrece
rayos fragrantés de ámbar,
sea de esferas de luz,
lágrima del Sol llorada.

Si hablamos a lo Jariso,
diré que era una arracada
que guarnecían tus dedos,
que son hojuelas de plata.

Cuando asida de tus dedos
tan liberal me la dabas,
bolilla me pareció
en pirámide de nácar.

Si en la flor de la azucena
las manzanas se engendraran,
que era fruta de tus manos
la que me diste, pensara.

Una flor con cinco puntas
de azahar representaba,
la manzana lo amarillo,
tus dedos las hojas blancas.

Manzanilla es de botica
para jaropar el alma,
y manzanilla de seda
para abotonar entrañas.

Mas si un ángel me la dio,
del cielo será su planta;
si no fuere del divino,
sea del de alguna cama.

Es una zurda con ella
la genovesa, y es agria
la camuesa, y no es más dulce
la meliflua mermelada.

Desde el mancebiño novo
trae su origen y prosapia,
y Manzanares descende

de manzana tan hidalga.

Por blasón he de poner
en un cuartel de mis armas,
una manzana rapante,
y en un campo de esmeralda

he de plantar sus pepitas,
y el de mi linage y casa
de este árbol se ha de hacer,
y cuando muera, la caja

y el palillo de mis dientes,
mis baúles y mis arcas,
la horma de mi sombrero,
y la horma con que me calzan.

Si no estimare el favor,
me llamen con justa causa
el pícaro manzanero,
y no merezca tu gracia.

Mas ya de manzanear
la vena tengo empachada;
sólo falta por decir
lo de rocín y manzanas.

Pero porque más esté
la manzana venerada,
me la como, y estará
eternamente en el alma.

6

Escrito en la Academia a un hombre muy viejo, que galanteaba una niña

Un viejo es mi asunto, Musa,
verso a toda broza caiga,
porque para casas viejas
sobran coplas telarañas.

Cuenta el señor don Vejecio
una edad de más de marca,
grande guarismo de días,
tarabilla de semanas.

Es un ras en ras de siglos,
empujón de vida, y tanta,
que presumo que le ha hecho
a la muerte alguna trampa.

Es un archivo de años;
y con éste, el de Simancas
nació ayer, y con él tiene
la leche en los labios Sara.

Arrópese Nestorillo,
si con su edad se compara,
pues no vivió para éste,
sus orejas llenas de agua.

El Fénix es un cuitado
con toda su vida larga,
porque estotro dos mil años
se vive de una asentada.

A vivir, que vivirás,
apuesta con las desgracias
del hombre más infeliz,
siempre de eternas preciadas.

Con Matusalén no apuesta,
que es vividor de nonada,
y a treinta Matusalenes
les da siglos de ventaja.

Que el otro muera, o no muera,
no se le da cuatro blancas;
a pierna tendida vive,
como otro duerme en su cama.

Vive él, y no hay más cuenta,
y sin más ni más se traga
muchos muertos que le embisten
como quien no dice nada.

Ya le ha dejado la muerte
de su mano, de cansada,
porque vive a rienda suelta
y a banderas desplegadas.

La peste es un papa tal,
que no hay polos que le valgan;
ármese España del viejo
contra la peste que aguarda.

Pues tanto vive este viejo,
y a tanto su vida pasa,
que quiero que con él me entierren.
¡Ay de quien su herencia aguarda!

A boca dicen que vive
de cántaro cuantos trata,
teniendo necios por vida,
teniendo suegras por alma.

Erre, erre es de la vida,
tesón de esta vida humana,
tijeretas del vivir,
vida en el vivir reacia.

Esta excepción de la muerte,
esta vida diptongada,
éste, que con las valonas
aun porfía en calzas altas,

éste, pues, por sus pecados,
quiere a una niña de plata,
de éstas de cotilla de oro
y de tablillas enaguas.

Don Tarquino, con la niña
dándose están de las astas,
ella porque no ha de entrar,
y él por entrar en su casa.

Mas él, sesudo en su amor,
entre decrépitas ansias,
la dice canos requiebros
y ternuras arrugadas.

¡Oh andrajo ya de la vida!,
si a quien ve tu faz honrada
le amagas de cementerio,
¡bien la juras de mortaja!

¿Cómo a Lisarda enamoras,

si esqueletamente hablas?
Si la recuerdas de la muerte,
¿cómo ha de pecar Lisarda?

¿Con qué requiebro imaginas
galantear? Pues llamarla
tu vida, es pronosticar
que se ha de morir mañana.

Tu hija, es un disparate
y su juventud agravias,
porque ha más de ochenta y nueve
que no pudiste engendrarla.

Tu alma tampoco, se sabe
que tiene sarro tu alma,
y que tienes más orín
que de un hidalgo la lanza.

¿Por qué, y por qué ha de ponerse
tú por tú con una dama
un viejo, si lo que intentas
es buscar pueblos en Francia?

Lisarda, desde hoy estás
a ser honesta obligada,
que este viejo al perseguirte,
te ha tratado de Susana.

Pues fue casta, selo tú,
y será una cosa rara,
que quien casta hacer no puede,
te venga hacer a ti casta.

Con esto no digo más;
si el verso está inculto, vaya,
que en roperías de viejo
no se pueden hallar galas.

7

Escrito en la Academia a un hombre loco, que sentía que le volviesen el juicio en este tiempo

Hacer versos me ha mandado

de juicio, la Academia,
y en verdad que no lo entiendo,
pues no todos son poetas.

¿Que lo refiera me manda
el por qué a Delio le apena,
que de vecino mejore
el desván de su mollera?

Pues si tengo que tratar
en materia tan severa,
de Senador me santiguo,
y Apolo me dé su vena.

O tú, el día más allá,
tú que estás a la trasera
de todos los demás días,
pronunciador de sentencias;

tú el día de más juicio,
antípoda de las sectas,
que en religión de Parnaso
son orates de la sierra,

ayúdame en este trance,
que yo te ofrezco de veras
de colocar en tu altar
un juicio hecho de cera.

Desde que Delio nació,
siempre ha sido su cabeza
el cadáver del juicio,
del seso la calavera.

En esta expulsión se estaba,
cuando Dios en hora buena
de Josafat revistió
el valle de su tronera.

Mucho Delio ha deplorado
que en aquestos siglos sea
la transmigración del seso
el desaire de la testa.

Y así locuaz y sañudo,
tirando o hablando piedras,

hecho un loco de juicio,
de esta manera se queja:

-A mí, que paso la cholla
sin juicios ni quimeras
y el seso de orate frates
soy graduado por Valencia;

rehacerme de juicio
en aquesta edad intentan,
apostatando de cascos,
por sufrir civiles guerras.

¿Yo juicio en esta edad?
¡oh bien haya el de Villena,
que reliquia de gigote
en vidrio se conserva!

Por no sufrir de este mundo
los achaques y dolencias,
este es concepto mortal,
y concepto de conciencia.

En los tiempos que pasamos
es cetrería discreta
no tener con qué sentir,
y ahorrarse la paciencia.

¿Habrá juicio de bien,
que sufra ver una dueña
hecha capón Dominico
preciada de buenas cejas?

Yo de cuatro se lo doy,
como cuatro, y aún de treinta,
al juicio, que más juicio
llevar sepa con modestia.

Al ver que ayer Juan de Bilches,
de mercader tuvo tienda,
y haciendo linage el trato,
don Juan mercader se mienta.

¿Quién llevará sin enojo,
el escucharle a una vieja,
duende con pellejo humano,

quejarse de mal de muelas?

¿Quién querrá ser tal marido,
(sufridor digo) que quiera
sufrir que murmure Fili
de unos ojos, siendo tuerta?

¿Quién juicio ha de querer
en esta edad tan hambrienta,
que ha que no sabe del pan
la boca veinte estafetas?

En la edad que me enjuician,
sólo el juicio aprovecha
para volverse a perder
de pesares y molestias.

Ya no hay juicio que valga,
pues vemos que se les niega
a los méritos aplauso,
valimiento a la prudencia.

Pero si yo aquestas cosas
a sufrirlas me atreviera,
hubiera un Job de juicio,
como lo hay de paciencia.

No quiero ser judiciario,
hacer quiero resistencia;
aquí del nuncio, señores,
que a ser juicio me llevan.

Esto dice el pobre Delio,
y con voces descompuestas
piden locura sus cascós,
como otros piden Iglesia.

8

A un estevado

Si es verdad que son perfectos
todas las obras de Dios,
esas piernas tan mal hechas,
hombre, di, ¿quién te las dio?

Sin duda a naturaleza
hiciste algún tuerto atroz,
y ella, por vengarse de uno,
en las piernas te hizo dos.

Amenazando ruina
va tu cuerpo en ellas hoy,
que sobre postes torcidos
es muy falsa la labor.

De que es fuerte un edificio
sobre un arco, errado voy,
pues vemos que en dos el tuyo
corta todo su armazón.

Ventaja llevas al Cielo,
pues si él, templando el rigor,
pone un arco, dos tus piernas,
ora llueva o pique el Sol.

Son de divorcio perpetuo
jeroglífico traidor,
pues nunca se han visto juntas
después que Dios las casó.

Tus pies matrimoniales,
les dan ejemplo sin voz,
pues aunque se aparten ellas,
ellos para en uno son.

Con corvo brazo el jinete
para el caballo veloz;
tú, con una de tus piernas
puedes pararlo mejor.

Al ojo por donde Esgueva
da paso al más sucio humor,
de cejas pueden servirle,
que a un hombre de piernas, no.

Viéndolas un ministril,
dijo al punto en voz tenor:
-Acoto para cornetas
su torcida munición.

Como una pierna levantes,
parecerás, con razón,
una muerte que ha engordado
con su guadaña feroz.

Varas de malos jueces
son, pues muestra su vigor,
en lo tuerto sus derechos,
lo torcido su intención.

Fueran varas de medir...
mas tienen, por lo doblón,
del mercader lo doblado,
lo simple del contador.

Por medias lunas manguantes
las reputa el que las vio,
y por su alma y movimiento
dos tajadas de melón.

9

Con suspiros de cristal,
y de plata mil sollozos,
de poetas desalmados
se está quejando un arroyo:

«Uno me llama serpiente,
con cuyo título asombro;
que hay hombre que me ha temido
viéndome en el campo solo.

»Otro por peñas y riscos
me va despeñando, y otro
me sacude las espaldas
con las ramas de los olmos.

»¿Qué delito he cometido,
decid, versistas demonios,
que me dais a cada paso
castigos tan afrentosos?

»¿Es por haberme entregado
a cuatro músicos locos,
pregoneros que me infaman

con mil falsos testimonios?

»Uno, por hacerme humilde,
dice soberbio, en mi oprobio,
que con labios de cristal
beso los pies a los chopos.

»Y por esta cruz bendita,
que es un grande mentiroso,
porque yo no tengo labios
ni de cristal ni aun de corcho.

»Otro, siendo mi caudal
no más que guijarros toscos,
dice que son mis arenas
no menos que granos de oro.

»Otro, del escaso y turbio
humor que sudan mis poros,
hace espejo, y al momento
se mira Narciso el rostro.

»Civil concepto caduco;
que sólo han visto mis ojos
un ganapán puesto a bruzas,
tentación de San Antonio.

»Otro, dice que me hacen
los álamos con sus troncos
paso y calle, y la que tengo,
sin que me la den, la tomo;

»que a pesar de las raíces,
si el invierno me alboroto,
sin que me rueguen me ensancho
y me llevo cuanto topo.

»Otro dice que soy manso;
y es mentira, pues me corro
de que traslade a mi frente
la frente de otros pimpollos;

»porque yo no soy casado,
no me han nacido floroncos
en la cabeza, ni en ella
tengo las leyes de Toro.

»Otro, que me desvanezco
por prestarme sus asomos,
sin haber humos de Baco
escalado mi cimborrio.

»Otro, siendo yo tan rico
y habiendo un caudal tan hondo,
tan pobre y niño me pinta,
que pueden beberme a sorbos.

»Otro dice que murmuro...
¿Quién no ha de volverse un Momo
contra los mil que critican,
y me dan con ello enojo?

»Con cabriolas de plata,
que bailo, me dijo otro,
un saltarán de cristal
cuando sobre piedras corro.

»Trovadores, ¿qué os he hecho,
que por burro en versos broncos
me sacáis a la vergüenza,
ya por valles, ya por sotos?

»Poetas sin rey ni Roque,
por vengarme de vosotros
tengo de escribir un libro
de Fragellum poetorum.

»Válgate un millón de Musas,
casquivano o casquirroto,
¿qué te importa que yo sea
calvo, tuerto, manco y cojo?

»Y si canta vuestra Musa
en lengua española, ¿cómo,
si el poema es castellano,
el lenguaje es en moscobio?

»¿No es mejor llamar al vino
vino, solomo al solomo,
que no a los labios claveles
y a las mejillas madroños?

»Yo me voy corriendo al mar,
y entre sus ondas me escondo,
por no escuchar barbarismos
con falso disfraz de apodos.»

10

A una vieja fea y muy melindrosa

Madre de Maricastaña,
mujer con cara de gimia,
que con presunción de hermosa
tienes melindres de niña;

vieja engerta en perdurable,
treinta abuela de la tiña,
que por lo extraño pareces
cosa nacida en las Indias;

¡oh, cara en pico de jarro!,
¡oh, gesto de la otra vida,
que al mascarón de una fuente
por lo feo desafías!

Oye, que con en mi guitarra,
(por no decir con mi lira)
quiero cantar en mi nombre
los melindres de Belisa.

Pero si me escuchas, creo
que has de alborotar, corrida,
con un falso mal de madre,
como sueles, las vecinas.

De todas las melindrosas
eres el mapa, y la cifra
donde está recopilada
toda la melindrería.

Si un mosquito a oscuras pasa
tocando la chirimía
de noche por tus orejas,
de su voz te atemorizas;

y llamando a tus criadas,
mandas, medrosa y prolija,
no siendo Papa ni Santa,
que te guarden con vigilia.

Detrás de una nube el Sol
estaba escondido un día,
y saliendo de repente,
te quedaste amortecida.

Si estás rezando en las horas
del vientecillo que inspira
la hoja cuando la vuelves,
te acatarras y resfrías.

Un paño, o mancha pequeña,
en fe de muchas más finas,
sabía la Naturaleza,
te dejó en la frente escrita;

si curiosas el origen
te preguntan tus amigas,
dices que de persignarte
lo causó el agua bendita.

Si la punta de algún dedo
te mojas, manchas o tiznas,
andas llorando turbada
y asquerosa de ti misma.

Breve de la nieve un copo
cayó, y a voces decías,
llorando, que en la cabeza
estabas del golpe herida.

Pusiste al punto sobre ella
una gruesa de reliquias,
y de la Virgen de Nieves
en la frente una medida.

Y diciendo un tu devoto,
viendo el agua que vertían,
que eran arroyos tus ojos,
y un mar de llanto tus niñas;

temerosa de ahogarte,

con melindres, y con prisa,
un millón de calabazas
te pusiste al punto encima.

Tan liviana en cuerpo y cascos
quedaste, que un alquimista
te juzgara por Princesa
de la calabacería.

Si al fuerte mártir Laurencio
ves pintado en las parrillas,
mal de corazón tres meses
te atormenta y martiriza.

Lo cual dices que es la causa,
que el médico te aperciba
que de mártires no leas
las vidas que están escritas.

De tus melindres, Anarda,
ésta es abreviada cifra;
perdona si he dicho pocos,
que otros muchos se me olvidan.

11

A Apolo

Quien supo tanto de burlas,
barbón Cintio, o Meco Dios,
no será mucho que escuche
los donaires de mi humor.

Y si acaso por ser míos
no dieran gusto al lector,
dejarán de ser donaires,
y serán aires con don.

De matar sólo un lagarto
os preciáis de valentón,
y un rapaz ciego y desnudo
al primer golpe os rindió.

Entreverada la dicha
tenéis en cosas de amor;

porque si una Ninfa os quiso,
os burlaron más de dos.

La señora Daphne hable,
que vuelta en tronco os dejó,
siendo lucero a la sombra,
y a la Luna siendo Sol.

Otra, que celosa os mira,
por cobrar lo que perdió,
desesperada del frato
vive convertida en flor.

Por lo de Marte y de Venus,
dicen que sois un soplón,
pues descubristis sus delitos
poniendo a riesgo su honor.

Dios de las ciencias os llaman,
y tan boquirrubio sois,
que a un rapaz disteis la vara
de vuestra jurisdicción.

Y él gobernó de manera
que por poco no quedó
la noche sin su linterna,
el día sin candilón.

Por lo cual fuisteis del Cielo
desterrado a ser pastor,
entonces, de pocas bocas,
de muchas ovejas hoy.

Digo de muchos poetas
son moneda de vellón,
pues por tantos y por malos
ha menguado su valor.

Si sois vos quien los inspira,
¿quién, Apolo amigo, os dio
viento para tantos cascos,
venas para tanto humor?

Todos os llamen divino,
siendo un hombre como yo:
¡Herejía es, vive Cristo!

¡Aquí de la Inquisición!

Unos os dibujan gallo,
por lo amante y lo cantor;
otros os pintan sin barbas,
con bosquejos de capón.

Si sois Rey de los Planetas,
y un rey jamás consintió
garabatos, ni ganzúas,
ni instrumento arañador;

¿por qué sufrís sin castigo
tanto versista ladrón,
tanto caco de conceptos,
tanto cuervo rruiseñor?

Y si sois ojo del cielo,
y de luz fuente y farol;
de cuanto pasa en el mundo
vigilante acechador,

¿cómo no veis la insolencia
y Babel de confusión
de estos críticos versistas,
sustitutos de Nembroth?

Pues siendo airoso y galán
nuestro idioma español,
lo tienen desfigurado
con vocablos de Estambor;

llamando culebra al río,
rayo de pluma al azor,
al pájaro ramillete,
y batán de cuero al boj.

Al cisne solfa de nieve,
sonoro alado el candor
y chirimía de pluma
al músico rruiseñor.

Ave de lienzo a la nave,
y al delfín, con un millón
de disparates de perlas,
de su locura arrebol.

Y así hacen que el verso tenga,
sin ser postema, hinchazón,
accidentes mil de guerra,
siendo la materia amor;

y que fenezca su acento
con rumbo, estruendo y rumor;
si es soneto, en rimbombante,
si es octava, en ban, bin, bon.

Quedando el pobre concepto
con más paja que en la troj,
antes que la zarandara
la madre que lo parió.

Haya, pues, Apolo, en esto
debida reformación,
y a cada lengua devuélvase
la voz que se la usurpó.

Y en satisfacción del daño,
de este secta el inventor
tenga en las jaulas del nuncio
diez años de reclusión.

12

A un licenciado muy flaco y delicado

Beneficiado falsete,
hilo de pita con sarna,
filete con calentura
y fideos con quartanas;

quintaesencia de abadesa,
longaniza espiritada,
melindre convaleciente,
hechura de filigrana;

licenciado pica seca,
hueso que sirves de vaina
a un estoque alma buida
con intención de almarada;

cerbatana de Evangelio,
chifladera graduada,
tripa en pie con movimiento
y esqueleto con sotana.

¡Oh, Cuaresma con juanetes!,
¡oh, cara Semana Santa!,
¡oh, espárrago en penitencia!,
¡oh, medicina ermitaña!,

¡oh, vida contemplativa,
mental en cuerpo y en alma,
sólo noticia de hombre,
intención imaginada!;

animada quisicosa,
ente de razón que habla;
puede sobre las de Apeles
echar tu cuerpo otra raya.

El Maestro delgadillo,
por lo delgado, te llaman,
y dicen cuantos te miran
que eres arañ con calzas.

¡Qué sutil fuera tu ingenio,
si con tu cuerpo trocaras
cuatro higas para Escoto,
a quien le da las quince y... raya!

Sonarás dulce y süave,
si mis alegres tonadas
por sutileza o por prima,
te pusiera en mi guitarra.

De un regaño melindroso
te destiló una alquitara,
y te engendró un mondadientes
para palo de biznaga.

Pareces es y no es,
y pues incorpóreo andas,
examínate de duende,
pretende para fantasma.

A un mozo de pocos años
y no de muchas virtudes,
el rapaz archiflechero
un vitorazo sacude.

Una rolliza fregona
tiernos cuidados le infunde,
y ella lo mira con ojos
turbiclaros y agridulces.

Martillazos de promesas,
golpes de solicitudes
ablandaron de la maza
el pecho, hasta entonces yunque.

La oscura noche de un martes,
pared en medio de un lunes,
de verse y hallarse a solas
los dos amantes concluyen.

Una pared fue el palenque
que con macizo perfume
divorció dos corales,
causando gran pesadumbre.

Dos resquicios le sirvieron,
y en ella el tiempo descubre
a su voz de cervatanas,
y a su aliento de arcaduces.

No quiso la turbia noche
del borrador de las nubes,
(por ser él el estrellado)
sacar en limpio sus luces.

Puestos en el puesto entrambos,
sonando sus sacabuches,
con sus lenguas y gargantas
se brindan tiernas saludes.

En tanto que el uno habla,
es fuerza que el otro escuche;
él cuenta su pena, y ella
con dos melindres acude.

Dejan los vanos requiebros
formando quejas azules,
que no hay amor tan valiente
con que los celos no luchen.

Estando en lo más picante,
la hembra siente que cruje
una puerta, siendo el miedo
tal vez quien su oreja pulse.

Retíranse los amantes,
y él, para esconderse, huye
de un establo que lo ampara
a un rincón donde le oculto.

En la parte más secreta,
donde la algalia se sume
que fundaron fatigadas
las ordinarias costumbres;

pasa el famoso Leandro,
no el charco de los atunes,
sino el estrecho que guarda
de Pancaya los perfumes.

Fue su fuerza necesaria,
para que nadando surque
el piélagos, en cuyas ondas
hasta el cuello se zambulle.

Como estaba el mar revuelto,
a las narices le suben
humos que lo desvanecen,
y vapores que a él afluyen.

Al estruendo de los remos,
es forzoso que le busque
un amigo que le guarda,
y a salir del mar le ayude.

Tirándole de los brazos
prueba a sacarle, mas cumple,
por lo que pasan entrambos,
que gotas distintas suden.

Salió tal, que bien pudiera
pasar plaza su Fez, o en Túnez,
de servidor de una infanta,
o camarero de un duque.

Sacó vestido un coleteo
del ámbar que distribuye,
más que el Gris cortando el aire,
mucho olor, con poco lustre.

Cuajado de pasamanos,
que tejieron por costumbre
de ocultos particulares
evacuaciones comunes;

sin duda alivian entonces
el Planeta que le influye
con ayuda de otros astros,
del cuerpo la pesadumbre.

O Mercurio retrogrado,
jugando con Peranzules,
con mal de cólico pasa,
tirando restos y flojes.

Ella, que el rumor pasado
averigua, o se presume
que es un gato que de Enero
efectos siento en Octubre;

vuelve, y no viéndole, es fuerza
que lo llame, y él se excuse;
que la pasada desgracia
la obliga que disimule.

Teme el amante pebete
que su ninfa se disguste,
y le saque por el rastro
por lo que tiene de buitre.

Al fin llega al agujero,
paso por donde conducen
pastillas de su coleteo
fragancias de piedra azufre.

Olor de tantos quilates,

no es mucho que la estimulen
a que el fundamento de ella
disimulado pregunte.

Repasa toda la historia,
y ella teme que la burle:
mas las pruebas que presente,
permiten que no lo dude.

Muerta de risa la dama,
le ruega que desocupe
aquel lugar, y se vaya
donde lo cuelen y enjuguen.

Despídese al punto, y ella
se levanta haciendo cruces,
y él, corrido, del corral
paso tras paso se escurre.

Teme que el pasado caso
por el pueblo se divulgue,
y tomándolo en la boca
de su limpieza murmuren.

Y que la malicia humana,
que el más limpio honor destruye,
pasando de lengua en lengua,
por las plazas lo rotulen.

A su casa apasionado,
retirado se recluye,
hasta que pasado el tiempo
mejor olor le acumule.

14

Pidiendo a un licenciado enseñase un romance que había hecho

Hanme dicho malas lenguas,
señor Domingo Chamorro,
que también hay lenguas malas,
como licenciados tontos;

que vuestra cholla compuso

de su caletre y meollo,
un romance más pensado
que la mula de Colodro.

Que vuestra señora musa
tuvo que ver con Apolo,
y preñada, a los seis meses
vino a parir este monstruo.

Y que por no ser de tiempo,
y tener ciertos antojos,
la comadre nos ha dicho
que no es parto, sino aborto.

Y que este romance ha sido
respuesta y venganza de otro
que os compuso de repente
un poeta casquirroto.

Para componerlo echasteis
la dura vena en remojo;
pero al fin salió el romance,
como Dios hizo un cohombro.

Nació sin pies, ni cabeza;
medio gimio y medio zorro;
culto, porque es disparate;
y malo, porque es demonio.

Y vos para desbstarlo,
por verlo tan basto y bronco,
gastasteis a un carpintero
diez mazos y quince escoplos.

Y porque huela más bien
a las narices de todos,
le habéis tenido seis meses
como lomillo en adobo.

Mas si queréis remediarlo,
llevad, humilde y devoto,
sus pies a los santos Mejes,
abogados de los cojos.

Pero corrido de verse
hijo de clérigo el mozo,

no querrá salir de casa
de confuso y vergonzoso.

Salga a luz por vuestra vida,
porque nos diga su rostro
si se parece a su padre
en lo simple y en lo bobo.

15

A una dama muy pequeña sobre unos chapines muy grandes

Apéate, ninfa enana,
de estos gigantes chapines,
o me subiré sobre ellos
para que puedas oírme;

que quiero apodar tu talle,
dije mal si apodar dije;
que mal puede haber sustancia
en un punto indivisible.

Pero, sin embargo, quiero
de que has de volverte un tigre
contra mí, picarte cuervo,
ya que no te alabe cisne.

Son treinta Atlantes tus corchos,
y cuando en ellos te eriges,
sobre sus hombros sustentan
un átomo con botines.

Por ser tan altos tus bajos,
suena mal tu cuerpo tiple;
ellos son escudos de armas,
con un arador por timbre.

Cuando en ellos te colocas
y el suelo, Lisarda, mides,
ellos y tú parecéis
dos jotas con sólo un tilde.

Otro dijo que pareces,
en estos montes movibles,
una pulga con muletas,

una liendre en dos rocines.

No hay quien si danzas o bailas,
de ver saltar no se admire,
en dos columnas de corcho
un ídolo Margarite.

Si te llaman y revuelves,
no es mucho que al vivo imites
un títere que en dos torres
de giralda al viento sirve.

Los que te encuentran no hallan,
aunque miren y remiren,
a quién hacer reverencia
ni a quién el sombrero quiten;

porque sólo ven dos postes,
que los gobierna y los rige
cierto no sé qué con galas,
y una nonada con dijes.

Siempre que dellos te bajas
en sus hombros te reciben
dos criadas, las más altas,
porque no te precipites.

Si cortas alguna ropa,
dice el sastre que te viste
a ti con sola una vara
y a tus chapines con quince.

Cuando te vistes de blanco
te transformas en confite,
puesto donde el más goloso
no te alcance aunque se empine.

Es tan pequeño tu cuerpo,
que a no ser indivisible,
en cualquier compuesto humano
pudiera servir de simple.

Sin duda estaba en menguante
la luna cuando te hiciste,
y en la cola del dragón
el sol padeciendo eclipse.

Pero tus chapines creo
que, en su parto y en su origen,
el sol doraba del toro
los cuernos y las narices;

y su carillena hermana
estaba haciendo dos brindis
a su amante por beberle
dos requiebros pastoriles.

Al fin, por afeminada,
y ellos por muy varoniles,
tú y tus chapines, Lisarda,
parecéis tres imposibles.

16

A un avariento

Dime, avarienta esponja,
¿qué chupas si no exprimes
del dinero que oprimes
ni una necia lisonja?
Pobreza en oro envuelta,
diestro alguacil que prende y nunca suelta.

Rica y guardada mina
con ciego encantamiento;
hidrópico sediento
que bebe y nunca orina;
del dinero moderno
calabozo inmortal, perpetuo infierno.

¿Qué importa, mentecato,
que tantos gatos mudos
guarden en tus escudos
araños de otro gato,
si para enriquecellos,
escaso ayunas lo que tragan ellos?

Aunque ciego en tu engaño
vives tan sin provecho,
por lo corto y estrecho,
penitente ermitaño

te pretende, y procura
que le sirvas de celda o sepultura.

Solamente aprovecha
tu condición escasa
para medida y tasa
de una conciencia estrecha,
de quien eres traslado,
si por lo justo no, por lo ajustado.

Tanto sin fruto creces
en lo escaso y mezquino,
que el estrecho camino
de la virtud pareces;
y tu escasa costumbre,
por no dar, no dará una pesadumbre.

De tu perpetuo ayuno
que por justo bendices,
pueden ser aprendices
los frailes de San Bruno,
pues llenos siempre y gruesos
sus talegos están, y tu en los huesos.

Si voz y gracia tanta
tuvieras, que cantaras,
a ninguno agradaras
con pasos de garganta;
tanto la tuya ayuna,
que no pasa por ella cosa alguna.

Por tu grande enemigo
sin duda te reputas,
si en ti mismo ejecutas
tan áspero castigo;
un santo mártir fueras,
si por tus culpas y por Dios lo hicieras.

Por ser del dar contrario,
cuando en Roma estuviste,
por no dar, no quisiste
oficio de Datario;
y por lo semejante,
leer no quieres por el nombre al Dante.

De saliva un diluvio

escupes asqueroso,
si explica algún curioso
el nombre del Danubio;
y así mismo te asombra,
si a Dauro alguna vez o a Dario nombra

Con mil promesas vanas,
al sacristán Juan Cerro
le pides que en tu entierro
no toquen las campanas,
porque no te provoque
a morir otra vez su triste toque.

Siempre en dar te acobardas,
y pides con afectos,
y de los diez preceptos,
tan sólo el cuarto guardas.
Pides con fuerte aliento,
mas nunca has puesto en Dari un argumento.

Prestar en tu memoria
es vicio aborrecido,
y así nunca has leído
del preste Juan la historia;
y huyes como de la peste,
por el nombre no más de un arcipreste.

Aunque es cosa precisa,
como a ti te molesta
oír Domine pestá,
no quieres ir a misa;
y el da nobis que cantan,
vocablos que te asustan y te espantan.

17

En la Ciudad Coronada,
cuya planta y muro antiguo
besa con labios de plata,
Segura, rey de los ríos,

vacó una capellanía,
que fundó al partir del siglo
un Ligurio mal logrado,
que murió de ochenta y cinco.

Fueron al punto en la puerta
de la iglesia y del obispo,
los intereses putantes
citados con tres edictos.

Hubo mil opositores,
unos blancos y otros tintos,
uno en pieza y otro en jerga,
cual castaño y cual mohíno.

Llegó el término fatal,
en que el examen temido,
anatomista de ingenios
pruebe en los suyos sus filos.

Juntáronse allí los jueces,
y al instante ante ellos vino
un zote barbiponiente,
de pie romo y casco liso.

Los jueces lo preguntaron
qué tiempo estudió, y les dijo:
«Habrás que estudio tres arios,
y en los dos no he visto libro.

»Desde el vientre de mi madre,
naturaleza me hizo
peliagudo de cerebro,
aunque de ingenio lampiño.

»Pretendo por ignorante,
porque en más quiero y estimo
dos adarnes de ignorancia,
que un quintal de silogismos.

»Tuve dos de cuatro votos,
que en semejante escrutinio
y examen de entendimientos,
el más basto es el más fino.»

Llegó el segundo a la prueba,
joven, cuerdo y bien nacido,
entendido y recatado,
de buen talle y mejor brío.

Salió sin voto y sin premio,
y aunque tuvo prevenidos
dos intercesores bellos,
se le volvieron bellidos.

Fue el tercero, que arrogante
entró al examen Domingo,
un hombre muy importante,
si es hombre el que es vizcaíno.

Alta frente y hondos ojos,
bien barbado y mal ceñido,
terciopelado de ingenio
y raso de colodrillo.

Gramático en mal romance,
de montañés traducido,
que si hay tontos en vascuence,
también hay asnos latinos.

Para alcanzar la victoria
de semejante conflicto,
trajo de Maribermeja
un poderoso exorcismo.

Entró confuso y turbado,
como si por mil delitos
lo llevaran a la horca
a ser cencerro o sarcillo.

Hiciéronle allí los jueces
mil preguntas de soplillo,
y él, temblando, a todas ellas
respondió como un rollizo.

Habló, como si en la lengua
tuviera algún panadizo,
o en el cañón del pescuezo
esquilencia o garrotillo.

Pero así que algo esforzado
le dejó el miedo enemigo,
y de palabras y aliento
desbrozado el pasadizo;

Dijo al fin: «-Yo soy un hombre

en sangre y solar más limpio
que el agua de Esgueva y Darro;
hidalgo como Longinos.

»Y aunque sin ser graduado,
tuvo gallos infinitos
que me pusieron al sueño
toda una noche entredicho;

»y yo creyendo, espantado,
que eran canarios del limbo,
estuve más de seis horas
invocando a San Crispino.

»Soy astrólogo tan grave
y sutil, que sé en qué signos
han de estar Venus y Marte
cuando nazca el Antecristo.

»Soy músico de repente,
y en verso un pensado Ovidio,
historiador de simplezas,
pues las trato en cuanto digo.

»Conozco tanto de manos,
que en sus rayos profetizo
si un capón ha de ser gallo
y casado un capuchino.

»Soy contador tan perfecto,
que se con nuevo artificio
la regla con que se prueba,
que dos, sobre tres, son cinco.

»Soy maestro graduado,
y en lo humano y lo divino
graduado de inocente
por Carabanchel o Pinto.»

Los jueces que se admiraron
de su ciencia, habiendo visto
el título de sus grados,
bien guardado y mal escrito,

dándole de capellán,
los cuatro, el nombre y el vitor,

fue de todos los llamados,
por inocente escogida.

Salió alegre, y dijo a voces:
-Quien quisiere un beneficio,
aprenda para ignorante,
y tomé ejemplo en mí mismo.

»Esta es la famosa historia,
de donde tuvo principio
el refrán, si sabes poco,
ventura te dé Dios, hijo.»

18

Cuando a aquel amante, a quien
nunca quiso su señora,
¡oh, qué mal hizo! que hoy fuera
la señora doña Sola.

Quiero decir, cuando el Sol
quitaba de su carroza
los cuatro rocines flacos,
que aunque hacen, jamás engordan;

salí al arenal un día,
adonde en su plaza ociosa
con chirimías y polvo
se pasan algunas horas.

No doy a nadie la culpa,
porque un astrólogo nota
que de mal de orina yacen
enfermas las pipas todas.

¡Oh arenal! memento homo:
puede tu playa arenosa
de miércoles de Ceniza
pretender el grado y borla.

Enterradas en tu arena
tienes a muchas personas,
y por surcarte con coche
sepulta la hacienda a otras.

He ahí el hablar extraño
que murmurando a sus solas
los coches y los rocines,
escuché en confuso idioma.

Entre relincho y rebuzno,
con triste voz semi-ronca,
un coche melancolía
de esta manera razona:

-Yo soy un coche Cuaresma,
y he de llevar a la gloria
a mis amos, pues me ayunan
porque sustente su pompa.

Otro coche de buen pelo,
de buen garbo y buena estofa,
más grave que un arcediano
estas palabras entona:

-Yo soy un coche obra pía,
y vivo de la limosna,
que en el capillo de amor
ofrecen gentes devotas.

A fuer de componer versos
(pues hay rocines que trovan)
uno que está pensativo,
ha pedido que le oigan:

-Por obra de entendimiento
quieren mis amos que coma,
y porque es manjar del alma,
me entretienen con historias.

»Ayuno más que un poeta,
y por desdicha notoria,
suelo alcacer, a la noche,
lo verde de unas cebollas.»

Otro segundo rocín,
haciendo hisopo la cola
y humilladas las orejas,
dijo con voz baja y sorda:

-Activa y contemplativa

es mi vida, pues me sobra
el trabajo, y sin el pasto
tengo en éxtasis la boca.

Activa en trocar los días,
desde que sale la Aurora,
y contemplando en los piensos
todas las nocturnas sombras.

Otro coche balbuciente,
todo bulto y carantoña,
se quejó de desmayado
con voz meliflua de alcorza:

-Yo soy coche caracol,
y mis amas caracolas,
pues en saliendo de casa,
no queda en casa más ropa.

Llegó la noche y se fueron,
y yo a mi casa o mi choza,
a sacudirles el polvo
a mi manteo y mi loba.

19

Grispios le desprecia al día
crespos soles Perinarda,
en alcanfores de perlas,
Pentateucos de esmeralda.

Titubeante en menos queja,
regateando almalafas,
rojo el Oriente tremola
saludables tacamacas.

Sus ojos, que en trogloditas,
no en paráclitos de nácar
sino envoltorios venciendo,
cenobios verdes desfaja.

Contra Lisandro fulmina,
más cruel que ditiramba,
simonías de los godos
y tamatugros de plata.

Síngulos de Calidonia
a territorios de Java,
desprecios ya de la Toga,
asombros ya de Atalanta.

Gugurubagre se arroja
a lisonjas mal templadas,
que en escarmientos se vence
y se desquita en cinaras.

Lisandro, pues, avecilla
y rondador de su llama,
en los anzuelos de luz
se acredita pesca alada.

Y cuanto más embebido,
menos sediento quitaba
parangones a su mal,
coluros a su esperanza.

Cisne de amor, dulcemente
solfas llora y mies canta,
que a tanto preludio quiso
ser remolco en la estacada.

Cresneja rizaba entonces
de cataclismos el alba,
y en panteones de nieve
Guacamayos abreviaba.

Pavonando en pulimentos
tersas bruñó las escarchas,
terremotos, floripundios,
tetrístros de Mauritania.

Los bucéfalos del Sol
sin descanso atropellaban
por empedrados de estrellas,
todo signo de su casa.

Columpios eran entonces,
y pudieran ser hamacas
meciéndose los peñascos
y ambulando las montañas.

Mas Lisardo fugitivo,
con sus desdenes y ansias
a Gundemaro se niega
y se concede a Tinacrías.

Bolumbres lágrimas vierte,
y lo que el daño le causa,
apresúrase al instante
a contárselo a las ramas.

-¡Oh vosotras de estas selvas,
les dice, silvestres plantas,
que al fugitivo cristal
siempre debéis arrogancias!

Nunca el francés nebullón,
ni Tamarindos de algalia,
fatal cuchilla de Enero,
os arranque, tronche y parta.

No al desperdicio eminente
de vuestras hermosas ramas
a la lisonja os dobléis,
tan impropia como vana.

Crinitar piensen celestes
blando el céfiro y el aura
del campo, rasgos movibles
y fugitivas fantasmas.

Y veáis en Caramagos,
chilindrón de escarlata,
zabulones de marfil
y capelinos de grana.

Y en unión indisoluble
se resuelva pena tanta,
a soleísmos del tiempo
gramáticas de Ruzafa.

20

De las espaldas de un monte
era corcova un peñasco,
y si corcova no era,

fue taba de su espinazo.

En éste, pues, caballero,
estaba el pastor Hernando;
que no todos los pastores
han de ser Silvios y Albanos.

Perdido el mozo por Gila,
(vaya el civil conceptazo
de ganado y de perdido)
que él lo está por sus pedazos.

Es Gila moza entonada,
que se puso verdugado
y cuello abierto de molde
para ser Maya de Mayo.

Mujer que la han pretendido
para ama dos licenciados;
porque es mujer para todo:
para bueno y para malo.

Persona de tomo y lomo,
que desdeña por lo ancho
todo el gasto de polleras
y de enaguas todo el gasto.

De celos, sarna de amor,
Hernando se está rascando;
que es como Bras, cosquilloso,
y Gila celos le ha dado.

La barba deja crecer,
tristeza y amor mostrando,
y vítese, en su amargura,
monjil negro, luengo y basto.

El cabello a troche y moche,
cada pelo por su cabo,
el guedejismo deshecho,
deshecho lo acopetado;

lacrimoso Filomeno
está gimiendo y llorando:
más llorador que la Aurora,
y a lo tórtolo enviudado.

Si lo viera el gran poeta,
lo llamara (a qué dudarlo)
Heráclito campesino,
Jeremías ermitaño.

No habla de las estrellas,
pues no es amante estrellado;
ni contra doña Fortuna
ha despegado tus labios.

-Yo tengo la culpa, yo,
dice, que soy un barbado,
que no en todos los sucesos
tienen la culpa los hados.

¿Por qué me ofendes, la dice,
sin ser bermejo ni calvo,
que puedo prestar pelusa
al perico más extraño?

Después de tantas finezas,
después de requiebros tantos,
con otro pastor me pones
en las sienas embarazos?

Después que hablé más locuras
que un poeta enamorado,
pues te autoricé mil veces,
y otras mil te he soleado;

y que he sido en tus papeles,
el del corazón flechado,
de tus luces mariposa,
de tu fuego salamandro;

y que a los poetas dije
tu nombre y lo celebraron;
que al confesor y poeta
se confiesan los pecados;

si es porque no le escribí
en la corteza de un árbol,
si no hay álamo en el monte,
¿dónde iré, Gila, a buscarlo?

Ya puedes hacer tu gusto,
que tu amor he tripulado
por no padecer amante
corrimiento de casado.

Yo publicaré tus mañas,
que no soy Cornelio Tácito,
ni ha de sufrir mi cabeza
cembellinas de venado.

No en Letanía de signos
tengo de estar numerado,
que en lugar de oro pro nobis,
tienen cuquillo y silbato.

Ni han de querer mis vecinos
conmigo estar consolados,
aunque cuernos por desdicha
no alivien cuernos ad placitum.

21

A un enano

«Si de tu cuerpo he de hablar,
tu cuerpo prestarme puedes,
y dos higas a la musa
que más sutil influyere.

»¡Qué diré de sutilezas
en mis delgados motetes,
si a tu tan nana estatura
seis dados lo lleva un ente?

»Nadie de tu cuerpo sabe,
porque es de casta de duende,
de quien se quejan los ojos
porque verte no merecen.

»Tú, que sincopada el alma
no das que hacer a la muerte,
en un grano de mostaza
es probable que te entierres.

»Tan nada naciste al mundo

y tanta pequeñez tienes,
que no estorbaras a un ojo
aun cuando su niña fueses.

»De cuando fuiste al estudio
murmura toda la gente,
que a reminibus llegaste,
sabiendo a brevis et breve.

»Si se compara contigo,
y si a cotejarse viene,
es gigante el invisible
y es gigante toda liendre.

»De Leandro te examinas,
pues en un dedal que bebes,
peligraras de ahogado,
si no te favoreciesen.

»Presumir de buena vista,
cualquier hombre que te viere
profesar de Zahorí,
con tan fuerte examen puede.

»Hipócrita en cuerpo y alma,
don Perico Quílez eres,
y embelesador de talle,
que con apariencias miente.»

Un poeta desvelado
esto te habló de repente,
con dos ojos en ayunas
de dormir, y de no verte.

22

A las calles de Murcia

Catalina la embustera,
la que en Murcia mereció
nombre de linda su cara,
de falsa su condición.

La que por su gran belleza
vivió en la Puerta del Sol,

y en la plazuela de Gracia,
por las gracias de su humor.

La que dicen que en su casa
es molino del amor,
y si no la dan, maquila
la posada del León.

Quien vive en el paraíso
para el Ángel que la dio,
y al señuelo de un escudo,
es del Águila el Cantón.

La que es calle de Cadena
para quien se la ferió,
y él, calle de adelantado
en los gustos y el favor.

Por la rica Lencería
la Trapería dejó,
y por tener puerta Nueva,
a la Merced se pasó.

Y al que más franco la sirve
y con más lealtad la amó,
en el cantón del Cabrito
la da por manso, mansión.

Guárdense de ella y su amante,
después que viven los dos,
él en la puerta del Toro,
y ella en la de la Traición.

Mas por registrar los dientes,
para sus hechizos hoy
junto a los Descabezados
me dicen que se mudó.

La plazuela de los Gatos
es cierto que la parió,
pues luego le dice mío,
en columbrando en doblón.

Es su amor tan quebradizo,
que este vicio la trocó
en puerta de Vidriero

es la más fuerte ocasión.

En la calle Alta vive,
si del que la enamoró
en el Cantón de la muerte,
su dinerillo espiró.

Pero ya no la pasean,
que el tiempo la paseó,
y en la Corredera vivo,
corredera del amor.

Y aunque nos vende sus labios
por guinda, y clarín su voz,
la plaza del Almenar
su boca y sus dientes son.

Y como todos registran
su libro por mayor,
es puerta de la Aduana
al rico, que al pobre no.

Mas después de sus trabajos,
para pasarlo mejor
vivió en la Pellejería,
y en la Puridad bebió.

23

A una vieja, y fea que quebró el espejo, porque la hacía mala cara

Dícenme, Belarda amiga,
que un Domingo, en tu retrete,
habiendo dicho a tus años
mudas lisonjas de afeites;

y autorizado tu rostro
con el rojo esmalte alegre
que en Gramada y Guadix nace,
y en tus dos mejillas muere;

y después que en tu cabello,
reiterados escabeches
dejaron con visos de oro
hecha hipócrita la nieve;

a la luna de un espejo
te miraste, porque vieses
otra en belleza menguante,
por estar de edad creciente.

Viste candiles los soles
que en el cielo de tu frente
fueron luceros ojales,
y ahora luces ojetes.

Y en el campo da tu cara,
sin ser baza, ni ser fuelles,
hechos por el tiempo arado,
un gran surco y muchos pliegues.

Hecha un mapa de fealdades,
y una fiera, esfera breve,
con paralelos de arrugas
y trópicos de juanetes.

Y el órgano de tu boca,
sin las teclas de los dientes,
que fueron bienes raíces,
y la edad los volvió muebles.

Enredada de mirarte,
castigaste, por no verte,
los delitos de tus años
en cristales inocentes,

diciendo airada: -No es mucho,
falso espejo, que te quiebre,
si cual fui, no puedo ser,
y cual soy, no quiero verme.

Necia, Belarda, anduviste,
porque en sus reliquias tienes
gran número de enemigos,
que de tu rigor los venguen.

Esa luna que quebraste,
Idra de cristal parece,
pues por un espejo roto
te ha dejado seis o siete,

para que cuando te mires,
a tus ojos represente
con mayor tormento tuyo
cada pedazo una sierpe.

¿En qué el espejo te agravia,
siendo el tiempo el que te ofende?
Él te dice la verdad,
y tu cara es la que miente.

¿Excesos de tantos años,
quieres que en un punto enmiende?
¿Qué te quita o qué te usurpa,
si lo que das te devuelve?

Si de falsario lo culpas,
andas, Belarda, imprudente;
pues con darle mal por mal,
te paga lo que te debe.

Dibujarte tan anciana
no es yerro suyo, pues eres
tan vieja que aún las edades
en tu rostro se envejecen,

dando ocasión sus arrugas
para que en ellas se cuenten,
por el turno de los años,
las calendas de los meses;

descubriendo en ti más faltas,
que en versos ajenos suele
poner con mordaz malicia
la lengua de un maldiciente.

Aunque más espejos mudes,
y con galas los coheches,
has de ver en sus dibujos
los agujeros de tu muerte.

Muda tú de original,
y verás como, obedientes,
a tu gusto te retratan
con más hermosos pinceles.

Mas ya que esto es imposible,

paciencia, que si la pierdes,
te dibujarán demonio,
si ahora te pintan duende.

24

Al pie grande de una mujer, compuesto por don Antonio de Solís Rivadeneyra, amigo del autor, ingenio tan lucido, que se adelantó a sus años, pues en los veinte de su edad ha dado tantas noticias de discreto; pero su recato, sobradamente cuerdo, nos niega sus bien escritos papeles

Hoy en un piélagos entro,
pero no me anegaré,
que en piélagos de pies largos
no es difícil hallar pie.

Uno de Isabel celebro,
y en un romance ha de ser,
aunque estuviera un pie heroico
en verso heroico más bien.

Es pie, sin pies ni cabeza,
sin fin ni principio, y es
pie, que a fuer de mala yerba,
todo se le va en crecer.

Pie tan largo y liberal,
que es más que pródigo, pues
Isabel no es manirrota,
pero es pie rota Isabel.

Pie o verso entero, que tiene
censuras de juanetes,
si fue agudo el asonante,
bien tiene a quien parecer.

Pie, que aunque pie de la legua,
es Excelencia; porque
bien por lo grande, se puede
cubrir delante del rey.

Pie más largo que ocho días,
poco dije, pie de un mes,
pie de un año, pie de un siglo,
y siempre jamás, amén.

Aposté con ella un día
que no habría peor que él
uno en Madrid, sacó el otro,
y perdí lo que aposté.

Con dos Alejandro Magnos
pisa, que vale por cien:
y así viene a ser Belilla
una dama cientopiés.

Si es santa o no, no me meto;
pero al menos tierra que
sabe llevar tales plantas,
tierra muy viciosa es.

El zapato es, si se empina,
una torre de Babel
donde hay confusión de puntos,
y aun de punto la bajé.

¡Oh, coz de naturaleza!,
¡oh, patada de nacer!,
¡pie ramplón, pie concebido
con original traspié!

25

A Diógenes metido en la tinaja

Viejo puro, como mosto,
que dentro desa vasija,
ermitaño de tinaja,
haces de orujo la vida;

¿qué pudieras hacer más,
si con tu filosofía
fueras, con nacer en cueros,
natural de la Membrilla?

¿Para qué son carantoñas
y aquesas figurerías,
si sabemos, barbonazo,
cuántas son tus picardías?

De no envidiado blasonas;
pero yo sé que es mentira
pues por la casa en que vives
más de un borracho te envidia.

Mil brindis estás haciendo
con las sentencias que explicas,
porque a la fin de tus años,
tu muerte ha de ser bebida.

Si eres alma de ese barro
y espíritu de esa pipa,
bebido has de ser por fuerza
cuando la muerte te embista.

No es cosa impropia que a tragos
todos te beban y vivas,
si a puro trago has de ser
trago de la muerte misma.

Dicen que eres vino viejo;
no me espanto que lo digan,
si ya de vino a vinagre
no te han torcido los días.

No me admiran tus torpezas,
aunque fueron infinitas,
si un jergón y una tinaja
son toda tu librería.

Si algún cura te alcanzara,
de estos que el vino bautizan,
fueras un vino cristiano
con el agua y sin la crisma.

Dicen que el grande Alejandro
te ofreció su monarquía,
porque supo que las hace
el zumo de tu vendimia.

¿Qué importa hacer tantos ascos
del mundo y su pompa altiva,
si todas tus abstinencias
son notoria hipocresía?

Viéndote en ese agujero,

te tuve por sabandija,
mosquito por la posada
y tortugo por la pinta.

Sal fuera, filosofón,
barba zupia y maldita,
que estás en esa tinaja
cual las gatas, en cuclillas.

No dudo que te estimara,
si te viera, un titerista,
y te enseñara por cuartos
como a mono de las Indias.

Casa en vida y tumba en muerte
será ese vaso en que habitas,
y cuando mármol te falte,
servirá también de pira.

Manda, pues, que cuando mueras,
en la tinaja te escriban
tus salvajes albaceas
un epitafio que diga:

«Aquí yace un caracol,
a quién su cáscara misma
fue en muerte tumba y mortaja
si en vida casa y camisa.»

26

A una dama muy enemiga de gatos

¿Qué estrella tan mal mirada
con tal rabia te estrelliza,
Lísida, contra los gatos
y su gatuna familia?

Siempre ha sido tu aposento
de los gatos zancadilla,
maula para todo miz,
perro muerto a toda miza.

¡Oh, cruel sanguinolenta,
fierísima gaticida,

que con sólo un zas pretendes
acabar un siete vidas!

Dime: ¿son zambos los gatos,
o son bermejitos por dicha,
o son acaso poetas
que en lengua culta maulizan?

La Gatatumba te llaman
todo desde aqueste día,
pues eres tumba de gatos,
haciendo de ellos justicia.

Gatuperio universal,
gatesca generalísima,
su azote y verdugo eres
y una femenil Gatila.

Plegue al cielo que un enero
junto de un tejado vivas,
y los requiebros de un gato
te molesten y persigan.

Y si ratones tuvieres,
no haya gata compasiva...
que impida de que te roan
los zapatos y la camisa.

27

A Vulcano, Venus y Marte

El jaque de las deidades,
todo bravatas y rumbo,
que vive pared en medio
del planeta boquirrubio;

el de los ojos al sesgo,
caribajo y cejijunto,
de la frente encapotada
y mostachos a lo ruso;

de Venus se enamoró,
que en la orilla del Danubio
muy arremangada estaba

enjabonando un menudo

para que comiese Adonis,
que estaba de ciertos pujos
desmayado, pues el mozo
come poco y anda mucho.

Era, pues, madama Venus,
moza redomada al uso,
con más panza que un prior,
más enaguas que un diluvio.

Pelinegra y ojos grandes,
más claros que dos carbunclos,
si es que puede ser verdad
lo que de ellos dice el vulgo.

No hay más asentada cosa
que su cara en todo el mundo,
y se levanta a mayores
sólo la nariz por puntos.

Es mujer de pelo en pecho
muy varonil y forzado,
aunque pasa por lunar
en el concepto de muchos.

Es más ancha su cintura
que el trato, la vida y uso
de hombre que se va al infierno;
mercader, que es todo uno.

A lo jinete estevadas
son sus piernas y sus muslos,
frisadas de vello y gordas
como las letras de alguno.

Muy avarienta de pie,
de quien eran dos sepulcros
con listones noguerados,
zapatillas de a diez puntos.

Esta es la estampa y bosquejo
de la diosa de los gustos;
adivine el estrellero,
zahorí de los influjos.

Por mirarla más de cerca,
sobre las guijas se puso,
haciendo antojo del agua,
Marte transformado en pulpo,

y echole dos mil conceptos
a los hermosos tarugos
con que fregaba el mondongo,
sin hacer asco del zumo.

Hizo Venus dos melindres
que al monstruo dieron gran susto,
y el cuajar que enjabonaba
soltó al agua, abriendo el puño.

Bien quisiera el dios amante,
más blando y menos sañudo,
dejar de pulpo la forma,
por transformarse en besugo.

El niño desabrigado,
por vengarla de este insulto,
veloz se llegó, encubierto
por un florido arcabuco;

y apuntando al corazón,
le arrojó con fuerte impulso,
con el arco cornicabra
un virote zapatudo.

Dejole escrito en el alma,
por más discretos y agudos
con caracteres vascuences,
de la diosa el nombre agosto.

No pudiendo por los ojos
su divino bello bulto
trasladar a sus entrañas,
bebió en el agua el trasunto.

Para decirla sus ansias
en dulces conceptos cultos,
dejó el disfraz de Cuaresma
y el carnal tomó del suyo.

Mirola Marte amoroso,
y ella, con desdén y zuño;
que es la moza por extremo
socarrona, si él astuto.

Diferentes se contemplan,
si unánimes en lo culto;
él, tierno a lo portugués,
ella arrogante a lo turco.

Después de haberse ostentado
ella grave, y él confuso,
la dijo en razones verdes
estos requiebros maduros:

-Diosa nacida entre conchas,
de cuyo principio arguyo
que las tienes en el trato,
si las niega el disimulo.

»Albóndiga de belleza,
hija del capón Saturno
de cuya capona tacha
no heredaste ni un minuto.

»Yo soy el dios revoltoso,
el que alcanzó, sin segundo,
con las fuerzas de sus armas
muchas victorias y triunfos.

»Yo inventé la caja y trompa,
instrumentos tremebundos,
que el uno anima a los hombres,
y el otro alienta a los brutos.

»Mas tanto poder, ¿qué importa,
si con sólo un estornudo
de tus basiliscos ojos,
me tiene tu amor sin pulsos?

»Cordero a tus pies me postro,
si bien de tu humor presumo
que para ciencia tan mansa
es sutil ingenio el tuyo.

»Permite que mis deseos

den fondo en tu mar profundo,
si acaso de él no heredaste
sus borrascas y reflujos.

»Consiente, pues, Diosa bella,
sea de sus ondas buzo,
si en ella verme no quieres
infelice Palinuro.

»Serás, ¡oh, Venus! mi manfla,
yo seré, Venus, tu cuyo;
serás de este Marte, Marta,
que lo abrigues aun por Julio.

»Que si vengo a verme cuervo
de estas bellas carnes, juro
de darte seis tabaquetas
para tabaco con humo.»

Respondiole la taimada:

-Marte, ofendida te escucho
de que pienses conquistarme
con bombordas y con chuzos.

»Las tufonas de mi porte
no temen fuerzas ni orgullos,
que en su golfo y mar sin norte
no se camina por rumbos.

»Todas son troyas de bronce,
y sólo rompen su muro
un doblón con vida mía.»
-Tómalo, que todo es tuyo.

Marte le replica, y Venus
aunque en sus trece se estuvo,
al fin vencida quedó
con las armas de un escudo.

Concertáronse en secreto
de ser los dos para en uno,
antes que la Aurora calva
despertase el dios greñudo,

que era el tiempo en que a Vulcano
deleitaban importunos

del yunque las consonancias,
del fuelle los contrapuntos.

Despidiéronse, abrazando
Venus al amante adusto,
volviéndola dulces paces
el dios que nunca las tuvo.

Vulcano, que ya por cierto
tiene del ave el abuso,
que cantando hados presentes
predice agravios futuros;

y que se sueña animal
jarameño y corajudo,
convertido en puerco espín
a garrochas y repullos;

y en un sueño vio dos cañas,
que tenían sus cañutos
en su mujer las raíces
y en su cabeza los nudos;

por vengarse, prender quiso
al autor de sus disgustos;
y al verse en su oficio y arte
con ingenio peliagudo,

labró de templado acero
una red sutil, que dudo
pudiera verla un vecino,
ni el pastor frisón de Juno.

En el lecho conyugal
de manera la dispuso,
que no pudiera escaparse
el cobarde más astuto.

Cuando en la tierra enlazaba
de la noche el manto oscuro,
dejó las fraguas Vulcano
y a su alcoba se retrujo;

que es a lo que aquí llamamos
los que somos algo rudos
de la vida intermisión,

del dios Morfeo tributo.

Cuando la noche enfaldaba
la cola al monjil de luto,
huyendo del dios cochero,
de sus tinieblas verdugo;

Bronte y sus dos compañeros,
tres oficiales machuchos
ayudantes de Vulcano,
oginones y membrudos;

dieron voces al Maestro,
que se despertó al retumbo
de las fugas que formaban
los martillos campanudos.

Salió del lecho y vistiose
Micercornelio Castrucho,
cuyos pies de copla estaban
de sílabas diminutos.

En un tronco de alcornoque
tropezó, terrible augurio,
y mirando la escalera,
llegó al suelo en cuatro tumbos.

Marte, que acechando estaba
puesto en vela como un grullo,
oyó un suspiro que Venus
le despachaba por nuncio.

Bajó por la chimenea
trasformado en avechucho,
y el lado ocupó de Venus,
de marido sustituto.

Y cuando Marte empezaba
las jerigonzas del gusto,
sin encantos de hechiceros
se vio ligado y compulsivo.

Venus dice: «-que me aprietan»,
y él dice: «-yo me escabullo»;
prueban a desenredarse,
mas ninguno de ellos supo.

En su magna conjunción,
de su mismo ardor combustos,
en orbes de red quedaron
los dos planetas conjuntos.

Salió el Sol con luz escoba,
barriendo sombras y nublos,
según versistas lo mienten
en sus cantos o rebuznos.

Y enhilando un sutil rayo
por el ojo de un rasguño,
que él hizo en una ventana
con las uñas de sus cursos;

entró, y vio los dos amantes
hechos al vivo un dibujo
de aquel signo, que a sus potros
sirve de establo por Junio.

Dio al punto a Vulcano el soplo,
que estaba en lugar de puño
echando cachas de cuerno
al puñal de un hombre zurdo.

Tomó el martillo furioso,
y aunque zompo y barrigudo,
embistió con la escalera,
sin ser capa, echando bufos.

Subió el primer escalón,
mas no pasó del segundo,
que como cojo y pesado,
de cabeza se detuvo.

En culta voz de becerro,
porque en la humana no pudo,
llamó a los dioses bajasen
a vengar su agravio injusto.

Luego que la oreja el bramo
oyó de los dioses sumos,
rompiendo golfos de estrellas,
descendieron a pie enjuto.

Halláronlos jaspeando
por salir de aquel tabuco,
y aunque de sudor aguados,
estaban en cueros puros.

Venus, desgrefñado el moño,
desrizado su apatusco
y medrosa de otra espina,
con argentados pantuflos.

Marte con un tocador
y esarpines que se puso,
teniendo un francés catarro
con dolores de Acapulco.

Pues porque el rumor no sea
despertador de tumultos,
unos renuncian zapatos
y otros repudian coturnos.

Sonó al punto en risa envuelto
entro los sacros alumnos,
como en corro de poetas,
un murmurador susurro.

Juno, que del matrimonio
ostenta celosa el yugo,
mal contenta lo miraba
haciendo varios discursos.

Palas, cuya flor estaba
recogida en su capullo,
los mira, haciendo en sus ojos
mil melindrosos repulgos.

Diana, que estaba hecha
a pisar bosques incultos,
donde de virgen silvestre
guardaba los estatutos,

viéndolos tan descompuestos,
su memoria redujo
de Anteón la vida osada,
de Susana el rigor justo,

cuando desnuda en la fuente

vio por cuartos y por puntos
de su claustro virginal
los lunares más reclutos.

«-Miren, y qué desvergüenza!»
dijo con un rostro turbio,
y en él la mano, miraba
por los dedos al descuido.

Momo, el figón de los dioses,
haciendo un gesto a Vertuno
por festejar maldiciente
tan soberano concurso,

dio tres silbos a Vulcano,
que estaba como un lechuzo
contemplando en un rincón
sus presentes infortunios;

e ignorando el nombre propio,
llamaba al bicorne búho,
y al animal de carreta,
ya naranjo, ya aceituno.

Él, corriendo como un toro,
quisiera ser de un sauco,
si no pendiente espantajo,
cabrahigo de su fruto.

Sueltos de la red los presos
cubrieron sus miembros rucios;
Venus con baquero verde,
Marte con ropón lobuno.

Condénanle por sentencia,
con un fallo y un pronuncio,
a que sirva de atambor
en las islas del Maluco.

Y a Venus a que se vaya
sin coche y sin moño a Burgos,
donde, sin gustar la carne,
tenga tres meses de ayuno.

Y a Vulcano, por paciente,
lo dejaron por indulto,

que de maridos de cachas
fuese abogado absoluto.

Con esto, dioses y diosas,
al cielo hicieron recurso,
ellas en forma de urracas
y ellos como avejarucos.

Vulcano, que iba esparciendo
olor de secretos flujos,
no quiso salir de casa
sin guantes de Calambuco.

Y por cubrir de sus sienes
ciertos renuevos talludos,
dicen que fue el inventor
de las guedejas y tufos.

28

A la aurora

Salir quiso el Sol bizarro
a ruar en su frisón;
delante lleva la Aurora,
lacayo de resplandor.

Cual si un poeta civil
la llamara embajador,
de culto algo máspreciado,
nuncio la llamara yo.

No me contenta el concepto,
y diré, por ser mejor
que del libro de los días
es prólogo brillador.

De la procesión de rayos
es el dorado guión,
de los días letüario,
pues todo a un tiempo salió.

Como la tablilla dice:
«Aquí hay cuenta de perdón»;
«Aquí hay sol, nos dice ella,

de rayos con lengua y voz.»

Y como de noche es,
«¡Agua va!» el avisador,
ella dice: «¡Día va!»,
anteponiéndose al mismo sol.

De la majestad solar
es el Sumiller de Corps,
el «Hagan plaza», que sale
alabardero español.

Lisonjero me parece,
pues con grande sumisión
va cortejando delante
a aquel pelirrubio dios.

En la comedia o jornadas
que del día hace el Autor
el Alba será la loa,
y si no quisiere, no.

El ante omnia del mundo,
más primero y madrugón,
que en casa del que no paga
porfiado cobrador.

No más primero al convite
el convidado llegó,
ni por meter una gorra
el más hambriento gorrón.

Per signum crucis hermoso,
que es introito de arrebol,
la Sibila de la luz
que el día profetizó.

Y por fin, la Aurora es
ambigua iluminación,
los dolores de la noche,
que quiere parir al Sol.

A las flores

A la margen de un arroyo,
que rasgo de plata es ya,
a quien han dado poetas
tanto apodo de cristal;

salieron la otra mañana
(no sé si la de San Juan)
toda gente del olfato
y oloroso popular.

Sacó la rosa en la cara
de Venus el carcañal
(sangrienta comparación
para toda brevedad.)

Similitud de la vida,
del vivir la paridad,
más gastada en las mejillas
que en las boticas está.

Más cándida que un lector
(y no de los que ahora hay)
sobre pirámide verde,
si no fue verde sitial,

vino la blanca azucena
a ser, con su solimán,
de cualquiera mano blanca
el concepto manüal.

Vestido de adviento quiso
el morado lilio entrar,
con ribetes de pelusa
listado todo el gabán.

Vino un clavel salpicado
(de sangre o rubí será)
del prado disciplinante,
no sé si por vanidad.

Pálida vino de Indias,
de miedo de ver el mar,
la flor que nos da en su rostro
de su tierra la señal;

el Gran Turco de las flores,
con turbante de coral
y con dos plumitas blancas,
de las flores el Sultán;

El clavel, sangre olorosa,
el más purpúreo galán,
más colorado que pulla
y que un vergonzoso está;

quejándose de las bocas,
rojo de cólera ya,
boca a boca desafía
cuantas bocas comen pan.

«-Rétoos, mentiras de grana;
mentís, cárdeno sayal,
hipócritas colorados;
que no sois lo que mostráis.»

Mas confiado de sí,
con más grande vanidad
que un poeta que yo sé,
sin querer a nadie hablar,

vino el narciso muy lindo,
por volverse a contemplar
en retrato fugitivo
que el invierno detendrá.

El Benjamín de las flores
es el jazmín más real;
pero, aunque pequeño, es hombre
que cualquier lo huela hará.

La hermosa mosqueta quiso
desdenes de espinas dar;
que es el pero en la hermosura
y el agrio de la beldad.

Pretendiendo ser octava
(y no hay que maravillar)
estaba la maravilla,
una flor de poca edad;

la que de otras flores es,
por su desdichada fatal,
(aprended, flores, de ella,
y como amigos, llorad);

aquella flor de a caballo,
la maldición del refrán,
«El caballero que quiere
sin esta flor caminar...»

Este matiz y otros muchos
que dejo por no cansar,
jaspe oloroso engastaban
el cristalino raudal.